

EN EL JUBILEO DE LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA (8 DE AGOSTO DE 2015)¹

Gabriel Guarda, OSB

La construcción

Como es sabido, las proporciones de la iglesia, de cada una de sus partes, surgieron de las dimensiones que dio una gran maqueta, de estructura de hierro, hecha por el H. Martín, cuyas dimensiones se fueron adecuando según las variantes de la luz que se iban apreciando a lo largo de las estaciones.

Lo que es el edículo donde está la Virgen se podía sacar, obteniendo la visión que actualmente se ve desde

ese mismo lugar. Pintadas sus paredes de blanco, de esa maqueta se definieron las dimensiones del altar y la cruz griega (corregida) que se observan hasta hoy. Incluso se sacaron fotografías del interior de la maqueta, desde ese lugar, creyéndose a primera vista que fueron sacadas de la iglesia ya construida.

Después de haber dedicado un año de mi noviciado al dibujo de los planos, nuestro P. Prior, Dom Adalberto Metzinger, determinó que debía continuar mi formación y estudios, aprovechando la oportunidad de ser el primer monje chileno en estudiar la Filosofía en el monasterio de Los Toldos, al mismo tiempo que venían tres de los Toldos a Estudiar la Teología en Las Condes.

1 Artículo publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 195, 2015, pp. 395-400 (N.d.R.).

Estando allá, de repente me llegó carta del H. Martín contándome que, por los costos del presupuesto, era necesario reducir las dimensiones del proyecto. Recuerdo que le contesté harto alarmado, dada la armonía, tan estudiada, de todas sus partes. Le dije que se hiciera algo parecido a lo que les pasa a las ostras cuando se les echa limón: se encogen todas sus partes a un tiempo.

Los cambios se hicieron lo mejor que se pudo y se dio comienzo a la construcción.

Cuando vine de Los Toldos en las vacaciones de verano estaba construido el cubo de los monjes y se iba a concretar el cubo menor; advertí de inmediato que si se hacía según lo indicaba el andamio, se ocultaría desde el atrio la presencia del cubo mayor. Inmediatamente se suspendió en obra el moldaje, listo para la concretada, bajándose al nivel actual, quedando como muestra el desarrollo de la escalera interna, que, si se mira, iba a llegar a un nivel más alto. Esta corrección no alteró los espacios interiores.

La acústica

Para este aspecto contamos con la generosa colaboración de José Pablo Domínguez, nuestro profesor de Acústica en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica quien, desde el principio, nos advirtió que era una iglesia de alta resonancia. Después de estudiar el problema nos preguntó si queríamos privilegiar la palabra, o la música y el canto. ¡El canto! Fue la respuesta. Y lo logró: la buena acústica mejora la salmodia y hace que la iglesia sea muy solicitada para conciertos, sobre todo en Adviento. De haber privilegiado la palabra debía haberse construido una “concha acústica” sobre el ambón, lo que habría sido un horror. La solución vendría posteriormente con la intervención de otra técnica, los parlantes adecuados, que puso una ex alumna mía, Oriana, especializada en acústica en Londres.

José Pablo Domínguez señaló que la rampa de acceso no tenía solución, salvo revestimientos que descartamos por invasivos.

La luz

Si bien es cierto que todas las proporciones del interior de la iglesia fueron fruto de gran prolijidad en la etapa del proyecto –maquetas de detalles, pruebas

in situ, etc.– no todos los efectos que se producen a lo largo del año, según las estaciones, relacionados con la luz, fueron previstos.

Por ejemplo, hay dos momentos en el curso de las estaciones en que entra el sol poniente por el vidrio horizontal que está sobre la puerta de ingreso desde el atrio. Entra un rayo que atraviesa el presbiterio y cae en la capilla del Santísimo sobre el Sagrario. Esta maravilla no estaba prevista y fue impresionante descubrirlo una vez durante mis paseos en la iglesia en preparación a las Vísperas y se aprecia igualmente desde el comienzo del pasillo central en el vano del muro oriente.

También un rayo de ese mismo sol cae en ciertas épocas sobre el mástil de bronce de la Cruz, produciendo en esos escasos milímetros un estampido de sol. A varios se los he indicado, relacionándolo con el rayo de luz que vio N. P. S. Benito (*Vida* cap. 35), o con el *Aleph* del famoso cuento de Jorge Luis Borges.

Y así hay varias otras sorpresas que se suponen prolijamente estudiadas en el proyecto.

Al final de unas Vísperas del Domingo, en invierno, en que estaban Ghishlain de la Taille con su marido, Gabriel Gadd, éste me dijo, con una expresión de arrobamiento: ¡Que maravilla, los Siete dones del Espíritu Santo! (eran las ampolletas del Coro...).

La construcción de los muros

El moldaje para la primera colada de concreto se hizo en el cubo del Presbiterio, costado sur, con la mayor perfección por parte de la firma constructora Salinas y Fabres, empresa de la mayor capacidad profesional y de muy buena relación con la comunidad. En la noche, listo todo para la faena de la mañana siguiente, observamos con el Hno. Martín que la textura que se produciría no iba a permitir la deseada gradación de la luz, tan importante en todo el proyecto. Entonces improvisamos unas pequeñas cuñitas con distintos trozos de madera y empezamos a distribuirlos con estudiada irregularidad a lo largo del moldaje.

Al día siguiente, a primera hora, el personal, obreros y “betonera”, a toda marcha, se vaciaron las carretillas en el moldaje, a la perfección. Pasados los días necesarios para la fraguación del cemento, se procedió a desarmar el moldaje, dejando el concreto a la vista.

No puede ponderarse la reacción de sorpresa, espanto, indignación, del contratista, Fernando Salinas, al detectar la irregularidad, manifiesta a simple vista: ¿culpable descuido? ¿sabotaje? ¡mano negra! En realidad, nosotros no le habíamos alcanzado a advertir oportunamente nuestra intervención; finalmente, lo hicimos de manera tardía, como lo más natural.

Al principio no lo podía creer ¡el moldaje estaba tan perfecto! Su reacción fue finalmente: ¡con razón dicen que los arquitectos son todos locos!

Cuando entra el sol oriente al muro y se produce ostensiblemente el efecto deseado, suelo recordar este episodio.

Las gradas

La disposición de las gradas de acceso al presbiterio fue determinada por indicaciones del P. León Toloza: la grada intermedia, más ancha, estaba destinada para la *Schola* durante el canto, precisamente, del *Gradual*. Aun, en el ambón, se consultaba una grada más baja para el canto del *Alleluia*, antes de la lectura del Evangelio.

Como resultado de la reforma litúrgica desapareció el canto del *Gradual*, cantando la *Schola* el *Alleluia* desde el mismo Coro. Posteriormente, a pedido del P. José Luis, se dejó el suelo del ambón al mismo nivel del Presbiterio.

Los altares

La dimensión de nuestro altar mayor se dedujo de las proporciones que dio el modelo hecho dentro de la gran maqueta que ya se mencionó; el de la capilla del Santísimo lo definió *in situ* el espacio del lugar.

Se decidió que los altares fueran de granito, de la piedra llamada vulgarmente “ala de mosca”, determinando el P. Lagos que fuese de la cantera de “La Obra”, en el cajón del Maipo. Fue bonito que me tocara elegir con el Padre los grandes trozos de granito, de la gran cantera de la familia Labarca, para ser trasladados en camión al monasterio y ver labrar las partes de los altares, operación que se realizó en el claustro, entonces un sitio “salvaje”, sin jardín.

Se les dieron las dimensiones a los canteros que comenzaron su trabajo con sus tradicionales herramientas, con admirable precisión. Los rústicos trozos comenzaron a adquirir sus actuales dimensiones, las aristas con impresionante precisión: las dos partes superiores –mesas– y las bases perpendiculares, dos para cada altar.

La maniobra para armar el altar mayor constituyó una gesta: ancladas las dos bases en su sitio, se construyó entre el nivel del claustro y la parte superior de aquellas bases, una resistente rampa de madera, con muchas diagonales, sobre la cual, con el concurso de varios obreros premunidos de chuzos, rodillos, en medio de voces, gritos y arengas, empezó a deslizarse la gran piedra de la mesa hasta llegar a su sitio: ¡no podía dejar de recordarse la construcción de las pirámides de Egipto!

El calce de la mesa con las bases nos dejó asombrados: la enorme piedra cayó con todo su peso exactamente en su lugar definitivo. No hubo mezcla ni hierros en el calce: actuó con todo su propio peso de gravedad con increíble exactitud.

Hubo vítores y exclamaciones de júbilo y cuando todo terminó, un obrero me dijo con todo respeto, como en secreto: ¿Padre, no es cierto que sobre esa piedra no puede subirse jamás el Diablo?

La dedicación

Se aproximaba el día de la gran celebración y todo era desorden, mucha gente –la comunidad, maestros, últimos obreros de la construcción– mientras se afinaban detalles del ceremonial y se ensayaba el canto.

El P. Matías mencionó cómo le tocó raspar las manchas de pintura del piso. Pues bien, dentro de esta línea se presentó el P. Abad emérito de María Laach, Dom Basilio Ebel –encantador como siempre– (que estuvo varios meses con nosotros) y preguntó en qué podría ayudar; le expliqué que lo único que iba faltando era muy pesado, pero que con gusto le avisaríamos cuando se presentase un trabajo apropiado.

Insistió en saber qué cosa era la “tan pesada”. Respuesta: no Padre, no se preocupe.

¿Es un secreto? No, es simplemente encerrar por primera vez el presbiterio y eso no es para Ud.

¡Lo haré encantado! Inútil insistir.

Inmediatamente: manos a la obra: con el santo hábito arremangado, de rodillas, con trapos y bolsas y más bolsas de cera, prolijamente ¡Ese fue el primer encerado del presbiterio, hecho en el mayor silencio por el antiguo P. Abad del famoso monasterio de María Laach!

Llegó el primer acto de la Dedicación, según el rito antiguo, la víspera del 8 de Agosto, a cargo de Mons. Eladio Vicuña Aranguiz, obispo de Chillán y Presidente de la Comisión Litúrgica de la Conferencia Episcopal, feliz de su misión.

Recuerdo la *Lustración* de los muros externos: irregularidad del suelo –no existía la Cripta, sólo los muros– el obispo revestido de Pontifical, P. León de Ceremoniero, diáconos, acólitos y la comunidad; “baldes” de agua bendita a los muros, con gestos amplios, el convento cantando salmos y antífonas.

El interior estaba absolutamente vacío, la nave por única vez en la vida, sin bancos, ancha y clara, el suelo cubierto de la ceniza proveniente de los ramos de Semana Santa.

El obispo, báculo en mano, desde el muro de la capilla del Santísimo al del ambón, dibujó primero el alfabeto griego y a continuación, perpendicular, trazando la cruz, el alfabeto latino. Gestos amplios y seguros, todo bien hecho.

En la deposición de las reliquias, junto con el Hno. Martín, que preparó perfectamente la mezcla de cemento, con planas y espátulas, a cabezazos con la piedra de la mesa, y bajo la mirada implacable de la comunidad, sellamos y cubrimos con la piedra el sepulcro, hoy visible, con las reliquias; la misma faena se repitió en el altar del Santísimo, ¡pero sin miradas!

Y llegó finalmente el día de la Dedicación.

Inolvidables sensaciones previas, serenidad y nerviosismo ¡Todo a punto!

Imposible no resaltar, con admiración y agradecimiento, la actuación del cardenal Raúl Silva Henríquez: alto, buena figura, gestos amplios y dignos, buena voz, seguridad, hermosos ornamentos. La cara victoriosa y sonriente de nuestro P. Prior Adalberto. Todo previamente ensayado.

La iglesia llena. En el presbiterio, obispos, abades y abadesas, priores y prioras, provinciales y superiores de órdenes, sacerdotes amigos; la *ecumene* representada por obispos ortodoxos, luteranos y anglicanos; la comunidad, incluidos los hermanos estudiantes españoles y argentinos.

Los bancos de la nave eran tablas de la construcción, sin cepillar, forradas con bolsas de cemento, sobre pequeñas rumas de unos cuatro o cinco ladrillos. Con el gentío no se notaban.

El día, que desde la mañana era frío y lleno de neblina, se había ido aclarando y durante el desarrollo de la celebración salía el sol por unos segundos, iluminándose esplendorosamente el espacio, para volver a oscurecerse en seguida; así durante todo el desarrollo.

La unción del altar, generosa, con harto crisma, nubes de incienso. Recuerdo la hermosa estampa del Cardenal en la unción de los muros, subido en un pequeño piso de unas cinco gradas, mientras la iglesia entera cantaba:

*Tus muros, Jerusalén
Se construyen con perlas*

Siguió el ágape mencionado por el P. Matías y una generosa manifestación de afecto a la comunidad de cuantos participaron en la celebración: antiguos oblatos y amigos de la comunidad, el pueblo fiel.

Fue una jornada cuyas escenas conservamos patentes de una manera imposible de olvidar, marcadora.

Sentí más o menos la siguiente sensación: la iglesia, para mí –como seguramente para el hermano Martín–, había sido un proyecto muy nuestro, rayado, dibujado y re-dibujado, construido “sobado”.

Desde el momento de la Dedicación, como que se escapó para siempre de nuestras manos, la iglesia pasó a ser de La Iglesia.